



 Una bestia  
en el paraíso Cécile  
Coulon

DESTINO

# Una bestia en el paraíso

Cécile  
Coulon

Traducción de  
Gustavo Osorio de Ita

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1544

Título original: *Une bête au paradis*

© L'Iconoclaste, París, 2019

© por la traducción del francés, Gustavo Osorio de Ita, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Publicado de acuerdo con Planeta México S.A.

Primera edición: septiembre de 2021

ISBN: 978-84-233-6005-5

Depósito legal: B. 11.075-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

A ambos lados del angosto camino serpenteante hay campos de un verde espeso, con enormes flores de colores pálidos y tallos vacilantes que crecen en cualquier estación. Rodean la franja de cemento hasta el camino donde una estaca de madera coronada por un letrero indica: HAS LLEGADO AL PARAÍSO.

Un poco más adelante, el camino, salpicado por charcos color café, conduce a un gran patio; un rectángulo de tierra removida, con bordes ligeramente redondeados, comidos por la cizaña. El granero se yergue estoico. Enfrente se resguardan un tractor y un pequeño automóvil azul, ahí los limpian regularmente. Al otro lado del patio, gallinas, gansos, un gallo y tres patos entran y salen de un largo cobertizo desvencijado por el tiempo. El grano dorado cubre el suelo. El gallinero da a una precipitada pendiente bordeada por un camino que el verano se encarga de secar año tras año. En el horizonte, los Campos Bajos son azotados por el viento, la superficie del Estanque en Som-

bras, entre su calma de helechos, tiembla con garzas y sapos.

En el centro del patio, un árbol centenario, con ramas lo suficientemente altas como para colgar a un hombre o un neumático, baña el suelo con su sombra, y ahora que es otoño, cuando Blanche sale de la casa para dar su paseo por la finca, la cantidad de hojas muertas y la profundidad del rojo que las cubre le dan la impresión de que avanza sobre un terreno que ha sangrado la noche entera. Ella pasa junto al gallinero, pasa junto al establo, pasa junto al perro, quizá es el duodécimo o decimotercero que ha vivido aquí —además, no tiene nombre, se le llama «el Perro», como a todos sus antecesores—; ella trota suavemente hacia la porqueriza, un círculo de tableros con una puerta sujeta por bisagras que se cierra mediante un pasador que el frío atasca en invierno. Allí, el suelo está apisonado, tras haber sido pisoteado durante años y luego abandonado; ahora ningún pie, ninguna pisada lo toca siquiera.

En la porqueriza, demasiado grande para un lugar que ya no alberga animales, Blanche se yerque, a pesar de los ochenta años que pesan sobre su pecho, que le ajan el rostro y transforman sus dedos en resquebrajadas maderas.

La porqueriza está vacía, pero en su centro brota un ramo de aquellas flores que bordean el camino hacia el Paraíso. Algunas ya se han desvanecido, otras —como Blanche— están a punto de perder sus últimos colores. Es un pequeño ramo de campo en un gran círculo terroso.

Con los hombros cubiertos por una chaqueta roja, de un rojo más brillante que el de las hojas muertas bajo las ramas colgantes del árbol, se inclina hacia delante, se arrodilla ante ese pequeño ramo, que un niño podría haber compuesto para su primera comunión, y retira los tallos marrones para después arrojarlos lejos con un gesto sorprendentemente animado, casi violento. A continuación, saca del bolsillo de su chaqueta roja, de un rojo más brillante que la sangre del Paraíso, algunas flores aún jóvenes, sopla sobre ellas con mucha suavidad antes de juntarlas con las demás. Está postrada ante ese pequeño ramo de campo, tan alegre en medio de aquel espacio que su abuela, Émilienne, cavó alguna vez para sus cerdos. Eso fue hace mucho tiempo.

Ella lo recuerda todo.

Porque, si bien ningún animal vive en ese rondel de tablonos y tierra, una bestia se pasea allí cada mañana.

Blanche.

# Dañar

Blanche y Alexandre hicieron el amor por vez primera mientras alguien desangraba un cerdo en el patio. Habían cerrado las ventanas, sin correr las cortinas. Abajo, la fiesta estaba en pleno apogeo. El animal gritaba como un torturado, los vecinos que trabajaban el campo se habían reunido; la sangre dibujaba grandes amapolas oscuras sobre la arcilla. Debajo del gran árbol, frente a la puerta, Louis había colocado unas mesas cubiertas por manteles bordados con las iniciales de la familia Émard. Cuarenta personas asistieron a la matanza, los pequeños miraban con los ojos muy abiertos. Émilienne, en primera fila, decía: «Allí, allí, con cuidado... Sangre, conserva bien la sangre».

En el primer piso, Blanche y Alexandre, desnudos, se abrazaban, sabían qué hacer, pero no sabían cómo hacerlo, sabían que sería doloroso, pero no sabían cómo hacer que aquel dolor fuera más bello. El olor a sangre en el patio rivalizaba con el de la piel de Alexandre, con el del sexo de Blanche, solo se sentían a sí mismos, solo podían escuchar

sus respiraciones entremezcladas, estaban al mismo tiempo asustados y aliviados de encontrarse finalmente.

Al principio, Alexandre exploró a la joven con las manos y la boca. Blanche, con la cabeza sobre las inmensas almohadas azules, lo miraba: él sostenía la cintura de la joven entre sus brazos; su boca y sus dedos descendían a lo largo de su vientre como escaladores ávidos de montañas. Antes de enterrar sus labios en los de Blanche, Alexandre levantó la vista, los ojos fijos en el vello púbico marrón oscuro. Sonriendo, señaló la ventana que daba a las hojas del gran árbol y murmuró:

—Son del mismo color.

Ella soltó una sutil risa nerviosa. Alexandre la acariciaba con suavidad, como se suele hacer para calmar a los asnos cuando dan a luz, después su rostro desapareció entre sus piernas. Las manos de Blanche, posadas sobre los hombros del chico, araban su piel mientras la apretaba contra sus muslos.

—¿Estás bien?

Él la estrechó contra sí, colocando su brazo debajo del cuello de Blanche. Ella parecía estar durmiendo sobre su hombro, pero tenía los ojos muy abiertos. No parecía triste ni enfadada. Simplemente el verde oscuro de su mirada se hundía en la pared frente a la cama y Alexandre, aunque intentaba enfocar la propia, veía solo una pared, en la esquina de la cual una pequeña araña, muy finamente, casi con elegancia, envolvía a un mosquito.

—¿Blanche? ¿Estás bien?



Un escalofrío recorría su cuerpo.

—He estado mejor —indicó ella, jugando con la punta de los dedos alrededor de su propio ombligo.

—¿Tan mal lo hago?

Alexandre se enderezó. Pensaba que había sido dulce. Ella no había gritado, ni llorado o pedido que se detuviera. Pensaba incluso que lo había «hecho bien»; los hombres le habían dicho que la primera vez solía doler, lo mejor era que sucediera rápidamente.

Blanche también se enderezó. Se quedaron erigidos contra las almohadas, un poco solemnes, con las mejillas marcadas por la huella de las sábanas. Blanche se llevó las piernas a los brazos. De golpe, parecía una niña pequeña.

—¿Duele?

Ella clavó la mirada en el techo. Su boca emitió un murmullo indistinto al que Alexandre ya estaba acostumbrado. Blanche ordenaba sus palabras antes de hablar, las ponía en orden para que sus oraciones fueran claras. En las clases de Francés solía hacer lo mismo. Pero nadie se burlaba de ella: era la nieta de Émilienne.

—El invierno pasado pisé unas brasas que el fuego había escupido frente a la chimenea.

La voz de Blanche había cambiado. Ya no era la de una niña que sufría, sino la de una mujer que explicaba por qué había estado sufriendo.

—Duele como pisar una brasa —explicó.

Luego lo besó rápida, repetidamente, en la na-

riz y alrededor de los labios. Alexandre quería estrecharla contra su cuerpo, pero ella logró liberarse, saltó de la cama y se dirigió hacia la ventana.

—El patio olerá a sangre durante tres días.

La sangre de cerdo lo impregnaba todo. Sus efluvios envolverían el Paraíso antes de que el viento del sur se lo llevara a otra parte. Una densa capa, una mezcla de entrañas, excrementos, pelo y tierra cubría el forraje. Donde sea que pusieras la mano, tus dedos quedarían sumergidos en un gran charco de sangre caliente. Durante tres días, aunque el viento no se alzara, el Paraíso llevaría consigo las salpicaduras de animales muertos; de nada serviría tallar, frotar o lavar, solo se podía aguardar y el olor dejaría de impregnar el terreno.

—Antes no me molestaba, ahora me da náuseas —masculló Alexandre, sentado en la cama.

Se vistió muy lentamente. ¿Cuánto tiempo habían estado en esa habitación? ¿Una hora? ¿Más? No lo sabía.

Blanche y Alexandre habían decidido el día y lugar de su primera vez unas semanas antes. Alexandre nunca estaba en casa: su madre limpiaba en la escuela del pueblo o en la notaría, su padre era un empleado de la taquilla en la estación de la ciudad vecina. Por la mañana, el hijo salía de la casa antes que ellos y, por la tarde, regresaba después de que ellos llegaran. Los fines de semana, sus padres no abandonaban la sala de estar, ni siquiera para ver cómo

el verano se alzaba como la octava maravilla del mundo al final del jardín, frente al camino de tierra que salía en ángulo recto a la carretera principal. Imposible que los adolescentes tuvieran allí su encuentro. Del mismo modo, en el Paraíso siempre había alguien: Émilienne estaba ocupada en la cocina, se entretenía en el comedor, dormía arriba. Cuando salía para «ver lo de los animales», Louis, su empleado, se aseguraba de que todo estuviera en orden en la casa. Hubo algunas ocasiones en que ambos dejaron la finca, pero nunca por mucho tiempo. Además, Blanche odiaba que se fueran a la vez. Consciente de que algún día heredaría toda la propiedad, estar allí sola la llenaba de ansiedad. Blanche tenía miedo de no saber hacerse cargo. A los dieciséis años todavía necesitaba ver a Louis y Émilienne hacer las cosas, registrar sus gestos, almacenar su fuerza para el día en que el Paraíso dependiera por completo de ella. Cuando la abuela y su empleado salían de la granja, las vacas mugían en el otro extremo de los Campos Bajos, mientras las agachadizas al borde del estanque volaban sobre el agua, alejándose de Blanche; después, los compactos fardos de heno, inmóviles sobre el suelo raso, se burlaban de ella.

Aunque Blanche amaba el Paraíso, se sentía pequeña allí. Los fantasmas que poblaban el lugar ocupaban todo el espacio.

Fue ella quien tuvo la idea de que lo hicieran el día del cerdo.

—Nos quedamos al principio, y cuando todos

estén viendo morir al cerdo, desaparecemos. Tenemos que regresar antes de que se vayan los invitados.

Alexandre no había dicho nada. Era eso, el granero, o esperar.

Bajaron, Blanche delante. Louis estaba ocupado con el cuerpo del cerdo. Al avanzar ella entre los campesinos, con su tez rosada y fresca sonriendo a unos y a otros como una *madonna* que distribuye sus gracias, el empleado fue presa de un mal presentimiento. Louis sostenía las patas del animal atadas por una gruesa cuerda, frente a esa niña que, ese día, no había asistido a la muerte del cerdo para hundirse, en el piso de arriba, en la piel de otro que no era él.